

LA MISERICORDIA, ¿UN ACTO POLÍTICO?

Josep M. Rambla Blanch, S.J.

Exorcizar la misericordia

Hace ya casi un año el papa Francisco inició el Jubileo de la Misericordia, para ayudarnos a vivir la misericordia, la que todo el mundo necesita recibir de parte de Dios, pero también la que debemos practicar hacia tanta gente abrumada por el sufrimiento.

Sin embargo, hay palabras traidoras. Palabras que, a pesar de significar cosas positivas y buenas, sólo oír las ya suenan mal a los oídos, al menos a algunos oídos. Una de esas es la *misericordia*. ¿Es una debilidad? “Repudio a los misericordiosos que se complacen en su compasión” decía Nietzsche. Tal vez el hombre actual se siente demasiado autosuficiente. Y no hay que recurrir a las burlas de Nietzsche para constatar esta repugnancia y rechazo de la misericordia. Porque al oír la palabra misericordia muchas personas piensan en sentimentalismo barato, obras de caridad para rehuir la justicia, ayuda a las personas empobrecidas sin pensar en las causas que las hacen sufrir... Un maleficio, misericordia es una palabra importante, pero engañosa, porque en su sentido auténtico no significa sino el sentimiento personal profundo por el sufrimiento de los demás, un sentimiento que mueve a la acción sincera y generosa para aliviar este sufrimiento... Corazón y miseria componen las dos partes de esta palabra: un corazón que siente la miseria o sufrimiento de los demás...

Notemos, con todo, que en un sentido estricto la misericordia es un movimiento humano segundo, porque parte de la compasión¹. Por un lado, la compasión es propiamente la actitud permanente que se da en cualquier situación, siempre que hay fraternidad y amor, es la capacidad de compartir la situación y sentimientos de las personas, sean las que sean. Es una disposición radical de simpatía con los demás y con el mundo. Es quizá el legado más precioso del Vaticano II que, según dijo Pablo VI al final de la asamblea ecuménica, “una corriente de afecto y admiración se ha volcado del Concilio al mundo moderno”². Por otra parte, la misericordia es la compasión hacia la persona que sufre. La misericordia es, pues, un sentimiento profundo y dinámico, que no permite que quien lo siente se quede inmóvil o pasivo ante tanto sufrimiento que hay en la humanidad. Es el alma de la solidaridad, de la acción social, del compromiso por la justicia... Una actitud profunda, una conmoción del corazón, que conduce a los actos de solidaridad...

La fe en un Dios que ama al mundo y por esto es misericordioso

El Dios bíblico es un Dios con sentimientos, que se alegra de haber hecho el mundo y de haber creado al Hombre. “Vio que todo era muy bueno” (Gen 1,31). Pero, el relato fundante del Sinaí nos presenta un Dios que, porque ama, siente el sufrimiento del pueblo oprimido, lo quiere liberar y cuenta con Moisés como líder de esta liberación (Ex 3, 7-10). En el AT, a pesar de episodios de la historia del pueblo donde parece que Dios presenta un rostro un poco adusto, y que hay que interpretarlos en el conjunto de la historia de salvación, la constante es que Dios es “compasivo y

benigno” (Salmo 103), “su misericordia es eterna” (Salmo 136). Es más, a pesar de una corriente de pensamiento en la que se hallaba el mismo Santo Tomás, que defendía que Dios, aunque socorre al ser humano que sufre, él mismo no es afectado por este dolor³, tanto Juan Pablo II, como Benedicto XVI nos han presentado a un Dios “amante con la pasión del verdadero amor”, según palabras de este Papa. Y Juan Pablo II, incluso llega a decir que parece entreverse un “dolor inconcebible e indecible... en las profundidades de Dios y, en cierto modo, en el corazón mismo de la inefable Trinidad”. Y el Papa Francisco afirma a propósito de la misericordia de Dios “que se trata realmente de un amor ‘visceral’” (Misericordiae Vultus, 5).

Jesús viene a llevar a la cumbre esta trayectoria de la revelación de Dios. Su vida y su acción revelan al “Padre misericordioso” (Lc 6, 36). Él mismo se manifiesta como el hombre poseído por el Espíritu enviado a liberar todo tipo de esclavitudes y a anunciar una buena noticia a los pobres anunciando un mundo nuevo (Lc 4, 16-21). Este hombre *espiritual* resulta desconcertante, porque relativiza costumbres, ritos y prácticas religiosas, incluso el Templo, y se relaciona con gente pobre y de mala reputación. Y cuando, movido por este desconcierto, Juan, el Bautista, envía a sus discípulos a preguntarle si es él el que espera todo el pueblo, Jesús les responde con este signo de identidad de su misión: curar enfermos, hacer andar cojos, resucitar muertos y anunciar una buena noticia a los pobres (cf. Mt 11, 2-6). Porque, ante las necesidades y sufrimientos de los demás, a Jesús “se le removían las entrañas“, es decir, el sufrimiento de los otros le conmovía.

El “principio-misericordia”

De acuerdo con toda esta visión de la tradición del AT y del NT, hace ya más de veinticinco años Jon Sobrino formuló el “principio-misericordia”, inspirándose en la expresión de Ernst Bloch, el “principio-esperanza”⁴. Porque la misericordia es lo que mueve toda la acción de Dios en el AT y de Jesús en el NT. Jesús hace muchas cosas y en muchos lugares (enseña, cura, denuncia, alimenta, dialoga, etc.), pero la misericordia es lo que inspira y mueve la totalidad de su vida y acción. Siente a fondo el sufrimiento de la gente, antes que ocuparse del pecado se preocupa de aliviar su dolor. Un hecho, sin embargo, hay que destacar: Jesús no se limita a la esfera de lo privado, sino que extiende la misericordia a dimensiones colectivas y públicas, porque reparte el alimento a la multitud, interpela a los ricos, predica a las masas y las alienta, denuncia los abusos de las autoridades religiosas y políticas, se enfrenta a los manipuladores de la religión del Templo. Al final, Jesús no es rechazado y ajusticiado porque orase, sino porque su forma de vivir, de hablar y de actuar, al servicio de los más pobres y excluidos y del bien común incomodó a autoridades religiosas y políticas

La misericordia política

Este principio-misericordia es, pues, lo que ha de iluminar y conducir la vida de los seguidores de Jesús, y de la Iglesia como comunidad. Es lo que el Vaticano II marcó como orientación de la Iglesia del futuro, una Iglesia samaritana, una Iglesia de la misericordia. La misericordia es “la clave del evangelio y de la vida cristiana” (Walter Kasper)⁵ y el Papa Francisco nos recuerda que “la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia” (Misericordiae Vultus, 10). Una misericordia que abarca las relaciones más inmediatas y cercanas de las personas, pero que tiene que hacer frente también al ámbito estructural del mal y de la injusticia. Nos lo recuerda el papa

Francisco: “La Iglesia, guiada por el Evangelio de la misericordia y por el amor al hombre, escucha el clamor por la justicia y quiere responder a él con todas sus fuerzas” (Evangelii Gaudium 188). Esta sería la gran eficacia de nuestra solidaridad y compromiso por un mundo más fraterno y justo: ser personas, comunidades y grupos marcados por una pasión, la del sufrimiento de los demás.

Imaginemos qué pasaría si en los ayuntamientos, en los parlamentos, en el Consejo de Seguridad de la ONU, en el Banco Mundial o el FMI hubiera la mitad de sus miembros con el *virus* de la misericordia... Precisamente el papa Francisco, al convocar el Año de la Misericordia 2016, llama a la conversión a los que cometen actos criminales a menudo movidos por la codicia, a las personas que adoran el dinero y causan un mundo injusto, a las que navegan en medio de la corrupción... Y los llama a experimentar la misericordia de Dios, que si la acogen los transformará en misericordiosos (cf. *Misericordiae Vultus*, 19). Si el principio-misericordia fuera el motor de nuestra sociedad, se confirmaría que “la misericordia es un acto político” (Louis Lebrêt).

Esta es la gran convicción de Francisco. Gran parte del magisterio que está ejerciendo el Papa actual y de sus actuaciones nos muestra que va realizando una diplomacia, “la diplomacia de Francisco”, y que la misericordia inspira este “proceso político”, se puede, pues, hablar de “la misericordia como proceso político”. Antonio Spadaro⁶, buen conocedor de Francisco, llega a afirmar que “la trayectoria de los viajes bergoglianos... es una trayectoria de misericordia”. Porque “la primera barrera a superar con un puente es la indiferencia, que separa más todavía que el odio”. En cambio “la misericordia es el amor que vive la miseria del otro como si fuese propia”, de aquí que la primera reacción de Francisco ante el horror (los campos de concentración o los atentados de París) “es la consternación, no la explicación”. Resulta, pues, evidente que la intención del año de la Misericordia no es una llamada solo a los creyentes católicos, ni dirigida sólo a la dimensión interior de las personas. Un buen reflejo y síntesis de la intención del Papa son las palabras, más bien el clamor, del arzobispo de Manila, Luis Antonio Tagle, ante la situación de su país: “En nuestra nación debe llevarse la misericordia a la política”.

De la indiferencia a la misericordia

Sin embargo, hemos de reconocer que la visión que una gran parte de los ciudadanos tiene actualmente de la política y de los políticos no es muy distinta de la que refleja Jesús de la gente de su tiempo. En efecto, hablando a sus discípulos de la necesidad de ponerse al servicio de los demás en lugar de ambicionar el poder y los cargos, les decía: “Sabéis que los que figuran como jefes de las naciones las dominan, y que sus grandes les imponen su autoridad” (Mc 10,42). Por esto, movidos por esta advertencia tan realista y tan dura de Jesús, después de hablar de la misericordia política, ahora por contraposición con la misericordia, digamos algo sobre la indiferencia, sobre la “globalización de la indiferencia”, ya que a esta asamblea nos convoca la preocupación por la indiferencia. Esto lo haré relacionando la indiferencia con una actitud de debilidad e insensibilidad a la cual el papa Francisco ha hecho referencia repetidamente en la *Evangelii Gaudium* (nn. 6, 9, 83), la *acedia*.

La *acedia* es un vicio, una debilidad del alma, que el Papa ha rescatado de la tradición antigua de la Iglesia, en concreto de la sabiduría de los llamados Padres y Madres del Desierto (siglos III a V), sobre todo Evagrio Póntico y Juan Casiano. Se trata de una enfermedad espiritual: desidia, tedio,

apatía. El Papa habla de “psicología de tumba”, de “momias de museo”. Aunque Francisco nos hable ahora de ello, la acedia no es una debilidad exclusiva de nuestro tiempo. A mediados del siglo pasado, Emmanuel Mounier en su obra *Affrontement chrétien*, nos advertía de que la acedia es una dolencia que nos afecta muy frecuentemente a los cristianos. En sus reflexiones respondía a los ataques de Nietzsche que acusaba a los cristianos como personas que hablan mucho de liberación pero están muy poco liberadas y que parecen no tener espina dorsal. A esto respondía Mounier diciendo que esta dolencia de la *acedia*, que tan a menudo nos ataca, es lo más opuesto al espíritu cristiano auténtico, espíritu positivo y afirmativo, de valentía, de libertad, de creatividad, de entrega generosa y de gozo. Y, más recientemente, el filósofo español, José Antonio Marina, en su *Pequeño tratado de los grandes vicios*, vuelve a profundizar en el vicio de la *acedia*, y llega a decirnos, que, junto con los otros vicios capitales sobre los que nos instruye la tradición cristiana, constituye “los sótanos de la cultura europea” y nos recuerda aquella insensibilidad o indiferencia, la sumisión al mal o la banalidad del mal, que tan bien retrata Hanna Arendt. ¡Ojalá, pues, esta advertencia sobre la indiferencia, la acedia, del Papa Francisco diese materia de meditación a nuestros representantes en Bruselas, en Estrasburgo y en Nueva York! Pero, si esos son nuestros representantes, es a nosotros, todos los ciudadanos y ciudadanas, a quienes se nos llama a salir de la epidemia de la indiferencia, en nuestros compromisos cotidianos y en nuestras responsabilidades en las distintas formas de participación democrática.

Y creo que no está de más esta doble consideración del Papa actual. En primer lugar, necesitamos revalorizar la política: “La política, tan denigrada, es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común” (*Evangelii Gaudium*, 205). Pero la verdadera política arraiga en la misericordia, en este sentimiento profundo por el dolor de los pobres y todas las personas que sufren: “¡Ruego al Señor que nos regale más políticos a quienes *les duela de verdad* la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres!” (*Ibid.*).

El Reino de Dios está cerca, algo se mueve...

Afortunadamente, no todo es oscuridad, porque en todas partes hay signos de verdadera sensibilidad política, con hondas raíces de solidaridad. Solo como recuerdo testimonial de lo que entre nosotros ya existe, sin recurrir a personas y casos del presente para los cuales nos falta todavía la necesaria perspectiva histórica, quiero citar aquel notable segundo secretario de la ONU, Mr. Dag Hammarskjöld (Mister H) que en los años cincuenta e inicios de los sesenta del siglo pasado tuvo que afrontar crisis como la Guerra de Corea y del Congo o el conflicto de Suez y que falleció en accidente aéreo, tal vez atentado, en la entonces Leopoldville, en 1962. Este hombre brillante, con una función relevante al servicio tanto de su país como de toda la humanidad, esconde una vida interior muy rica que nos muestra la gran calidad que puede adquirir un servicio político de alto nivel. Vale la pena tomar nota de las palabras que dijo en una entrevista poco después de ser elegido Secretario General de la ONU:

“Tras varias generaciones de militares y oficiales de gobiernos por parte de mi padre, he recibido en herencia la firme convicción de que no hay en la vida mayor satisfacción que servir desinteresadamente al propio país o a la humanidad. Servicio éste que lleva consigo el sacrificio de todo interés personal y asimismo el valor inflexible para defender las propias convicciones.

Por parte de mi madre desciendo de intelectuales y clérigos; he recibido en herencia la profunda fe de que, según el sentido más radical de los evangelios, todos los hombres son igualmente hijos de Dios, debiendo nosotros considerarlos y tratarlos como señores nuestros [...].

Hallo en los escritos de grandes místicos medievales que “la propia abnegación” ha sido el camino para realizarse en plenitud, y que por “desprendimiento espiritual” y “vida interior” encontraron fuerza para decir Sí a toda llamada que la necesidad del prójimo reclama”⁷.

Cuando pensamos que una persona con estas actitudes y comportamientos ha vivido entre nosotros, por lo menos los mayores aquí presentes, podemos confiar en que a pesar de la globalización de la indiferencia, en nuestro mundo existen verdaderos brotes de misericordia, que revelan la posibilidad del mundo nuevo, del Reino de Dios que anhelamos.

Misericordia con humildad y con alegría

Como no somos ingenuos, no miramos la sociedad desde fuera, como si los males sólo vinieran de los demás. Como aquel fariseo de la parábola que juzgaba a todos y él se sentía reconfortado con sus prácticas y ritos religiosos. El evangelio nos dice que al final de la historia “todo el mundo” será juzgado no por el mal que ha hecho, sino por el bien que ha dejado de hacer, por la falta de misericordia... “Tenía hambre..., tenía sed..., era forastero..., estaba desnudo..., enfermo y en la cárcel..., y no me hicisteis caso” (Mt 25, 31-46). Un reconocimiento leal de lo que no hacemos y podríamos hacer para cambiar las cosas, por nuestras complicidades y silencios, por nuestras pasividades ante la injusticia, sería una excelente colaboración a la sociedad del cambio, a una nueva sociedad. Y, por ello, el Papa habla a los cristianos de la renovación del sacramento de la reconciliación, que puede ser un momento de reconocimiento sincero de nuestra poca misericordia, que nos abra a la misericordia de Dios, nos empuje a una verdadera y generosa solidaridad y nos haga probar la bienaventuranza de “felices los misericordiosos” (Mt 5, 7).

Por eso, este tiempo que el papa Francisco ha querido poner bajo el signo de la misericordia, debería ser también el tiempo de la recuperación de una verdadera alegría, la de las personas que acogen la misericordia de Dios abriéndose a la vez a la búsqueda de la justicia y al trabajo de la paz. No creo que muchos lleguemos a alcanzar el nivel de Etty Hillesum, que en medio de un campo de concentración, sufriendo, rebelándose y luchando, aún podía exclamar: “la vida es bella”. Pero sí podemos “practicar misericordia con alegría”, como recomendaba san Pablo (Rm 12, 8).

Ante el dramático e insultante espectáculo de los inmigrantes hacinados que el Papa contemplaba en la isla de Lampedusa, en julio del 2013, estalló en un clamoroso desahogo echando en cara a todo el mundo, pero sobre todo a los responsables de las altas decisiones de los pueblos, que hemos perdido la capacidad del “llanto por nuestros hermanos y hermanas”, la capacidad de misericordia, que nos domina la globalización de la indiferencia. Palabras del Papa que nos retrotraen a veintiséis siglos atrás cuando el profeta clamaba contra la injusticia y la explotación de los pobres, amparándose en la práctica de ritos y ejercicios piadosos. Sin embargo, el mismo Papa nos ha invitado de distintos modos y repetidamente a participar en la alegría del evangelio, un evangelio que tiene su clave en la misericordia. La alegría es una asignatura pendiente del Cristianismo actual,

la que brota de la entraña del seguimiento de Jesús, porque sería la gran oferta al mundo actual, ya que es fuente de libertad, de solidaridad y de amistad.

Si acogemos, pues, la interpelación, la voz de Francisco, si cultivamos la fraternidad que es fuente de misericordia, tal vez haremos realidad, aunque sea en poca medida, el sueño del profeta bíblico que lanzaba advertencias y amenazas a su pueblo, pero que también anunciaba la buena noticia, la alegría de la misericordia: “Libera a los que han sido encarcelados injustamente... deja libres a los oprimidos... comparte tu pan con el hambriento, acoge en tu casa a los pobres vagabundos, viste al que va desnudo. ¡No los rehúyas, que son hermanos tuyos! Entonces brillará como el alba tu luz y tus heridas se cerrarán en un momento... Entonces tu luz se alzarán en la oscuridad, tu atardecer será claro como el mediodía... Serás como un huerto empapado de agua, como una fuente que nunca cesa” (Is 58, 6-11). Termino, pues, con el deseo del salmista: ¡Ojalá oigamos hoy su voz! (Salmo 95).

¹ Cf. M. Gelabert Ballester, *Sentido teológico de la compasión*, Staurós, 53 (2014) 73-85. Condensado en *Selecciones de Teología*, 215 (2015), 214-224.

² Alocución al fin del Concilio, 7 de diciembre de 1965.

³ Gelabert, en el artículo citado, llega a decir que en la concepción de Santo Tomás, en Dios se da “una misericordia sin pasión”. Para este punto y lo que sigue, cf. *Selecciones de Teología*, pp. 118-119.

⁴ *La Iglesia samaritana y el principio-misericordia*, Sal Terrae 927 (1990), pp. 665-678. Artículo reeditado en la obra: *El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Santander, 1992, en pp. 31-45.

⁵ *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Santander, Sal Terrae, ³2013.

⁶ Todo este párrafo y sus citas son del artículo de A. Spadaro, *La diplomacia di Francisco. La misericordia come proceso politico*, *La Civiltà Cattolica* 3875 (2016) 209-226. Condensación de este artículo en *Selecciones de Teología*, 2016 (2016) 219-228.

⁷ *¡Te conocimos, Señor!*, BAC, Madrid, 1999. Selección de textos preparada por T.H. Martín y comentada por J. Martín Velasco. Hammarskjöld es presentado junto con Manuel García Morente y André Frossard.